

Ocampo, José Fernando. **La filosofía política en el fundamento de la teoría del desarrollo económico.** *En publicación: Filosofía y teorías políticas entre la crítica y la utopía.* Hoyos Vásquez, Guillermo. CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires. 2007. ISBN: 978-987-1183-75-3.

Disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/grupos/hoyos/06Ocampo.pdf>

Red de Bibliotecas Virtuales de Ciencias Sociales de América Latina y el Caribe de la Red CLACSO
<http://www.clacso.org.ar/biblioteca>
biblioteca@clacso.edu.ar

JOSÉ FERNANDO OCAMPO*

LA FILOSOFÍA POLÍTICA
EN EL FUNDAMENTO DE LA TEORÍA
DEL DESARROLLO ECONÓMICO**

TODOS LOS DÍAS me pregunto –desde hace treinta años– ¿por qué Colombia sigue siendo uno de los países atrasados del mundo? ¿Por qué en él aumenta todos los días la pobreza? ¿Por qué debemos importar alimentos? ¿Por qué la deuda externa se absorbe lo poco que producimos y es necesario entregar nuestros recursos al capital financiero internacional? ¿Por qué la distancia con los países económicamente más desarrollados del mundo crece progresivamente? ¿Por qué el ingreso por habitante ha descendido 400 dólares en los últimos cinco años? ¿Por qué tantas otras cosas incomprensibles sobre nuestra dramática realidad? Todas estas preguntas, y muchas más, parecen extrañas en medio de un seminario de alto nivel sobre filosofía política y globalización. Pido excusas por ello. No obstante, permítanme hacer una reflexión personal y apasionada, en un intento de un quehacer de filosofía política sobre mis inquietudes existenciales de cada día frente a la realidad de Colombia, un país que aparece en las primeras notas de los noticiarios junto a los más conflictivos del mundo.

* Licenciado en Filosofía y Letras por la Pontificia Universidad Javeriana. PhD en Ciencia Política por la Universidad de California y profesor de la Universidad de Antioquia y la Distrital. Integra el comité editorial de las revistas *Educación y Cultura* y *Deslinde*.

** Esta ponencia fue presentada en el Primer Seminario Internacional de Filosofía Política, en 2004 en la ciudad de Bogotá.

Procuro llegar a la filosofía política desde la realidad de un momento concreto que vive el mundo; un mundo al que, para interpretarlo, se acude a autores clásicos en la materia de las décadas del sesenta y setenta. No es extraño que resulte útil acudir a autores del tiempo pasado para iluminar el presente. A pesar del esfuerzo de dos siglos por olvidar una de las obras más controvertidas de las ciencias sociales como es *El capital* de Karl Marx, no resulta fácil ignorarlo, así sea para denigrar de sus conclusiones, a las cuales muy pocos arriban. Lo mismo podría decirse de *Economía y sociedad* de Max Weber, el mayor intento teórico de construir una alternativa para defender lo que Marx había condenado a su desaparición.

El 24 de octubre de 2004, se publicó en el periódico *El Tiempo*, de Bogotá, una nota sobre un documental de la BBC en el que se develan las teorías sobre la política del miedo al terrorismo. Lo curioso es la mención que allí se hace del desaparecido filósofo político Leo Strauss, de la Universidad de Chicago, profesor de varios de quienes hoy en Estados Unidos comandan la política contra el terrorismo, entre quienes se encuentra el ex secretario de defensa y ex presidente del Banco Mundial, Paul Wolfowitz. Asimismo, el artículo menciona a un inspector de escuela egipcio, de nombre Sayyid Quitb, muerto en prisión en 1966, autor del librito *Señales sobre el camino*, a quien hoy se considera uno de los inspiradores del fundamentalismo islámico; por supuesto, contrario al secularismo de Gamal Abdel Nasser de Egipto y hoy en el centro de la reacción contra el secularismo de Yasser Arafat, atezado entre Israel y el islamismo fundamentalista de Hamad, la Yihad islámica y Ben Laden.

Me tocó asistir, por planificación de posgrado, a un curso de filosofía política, precisamente del profesor Strauss (en la Claremont Graduate School, California, en 1968). Strauss ya se había retirado de la Universidad de Chicago, en medio del más grande movimiento estudiantil de la historia de EE.UU.: el de la lucha contra la guerra de Vietnam. No recuerdo haberle escuchado ninguna alusión al terrorismo en el curso, ni haberla leído en sus obras, pero tampoco encontré mención alguna a la guerra que libraba su país en el Lejano Oriente. ¿Por qué, entonces, su obra se ha convertido en una ideología de la guerra contra el terrorismo en la política de un gobierno fascistoide? La filosofía política de Strauss ha sido clasificada como la ideología del neoconservatismo, inspirada en la filosofía clásica de Platón. En cierta medida, esa apreciación coincide con la radical de Karl Popper en su libro *La sociedad abierta y sus enemigos*, en la que califica al filósofo griego como el inspirador del moderno totalitarismo. No es de extrañar que el formalismo de la dialéctica platónica sobre el bien, la justicia y la naturaleza humana desemboque en cualquier posición de extrema de-

recha, así como deducen del formalismo de Strauss la justificación de la invasión a Irak y Afganistán. ¿No le sucedió lo mismo a Heidegger, que pasó de sus especulaciones abstrusas sobre el ser al apoyo del nazismo en el régimen de Hitler?

Al mismo tiempo que el profesor Strauss se regodeaba con Plátón en Claremont, a dos horas de allí, el profesor Herbert Marcuse disertaba en un auditorio atestado de la Universidad de California, en Los Ángeles, sobre su magistral libro *Razón y revolución*, en torno a Saint Simon, Hegel y Marx, y con alusiones a su libro *El hombre unidimensional*, contra el formalismo de un Wittgenstein a quien fustigaba por su ideología abstracta que, según él, sólo sirve para la dominación característica de la sociedad industrial, todo aquello en medio de su posición contra el intervencionismo de EE.UU. en el mundo.

Ambos, Strauss y Marcuse, representaron una etapa de feroz crítica al positivismo y el conductismo por su alegato de absoluta neutralidad que los caracteriza y que invadía las ciencias sociales desde entonces hasta hoy, pero que fracasó en la interpretación de aquellos acontecimientos históricos. A ellos se unía C. Wright Mills, con su obra *La elite de poder*, quien junto con Marcuse fuera considerado el inspirador ideológico de aquella generación de gigantescas manifestaciones contra la guerra de EE.UU. en Vietnam.

Son Strauss, Marcuse, Mills, Popper –este último también en su famosa polémica con Marcuse–, desde distintos enfoques, todos inspiradores de la acción política. Se trata de interpretaciones muy distintas de la realidad, la sociedad, la naturaleza, el mundo, la economía y la política, pero determinantes de la realidad histórica y el rumbo del mundo. No puede olvidarse que, mientras Marcuse y Mills, a un lado del océano, inspiraban un movimiento de rebelión, en el otro, Jean Paul Sartre y Simone de Beauvoir, baluartes de una filosofía política, encabezaban las manifestaciones de la juventud en el movimiento del ‘68 en París, mientras un metafísico del marxismo, Louis Althusser, despatriaba contra los desmanes estudiantiles. Resulta curioso que, tres años después, sucediera algo semejante durante el movimiento estudiantil colombiano del ‘71, cuando, en la Universidad de Antioquia, Estanislao Zuleta, a quien se llamaba entonces *el filósofo del primer capítulo de El capital de Marx*, se viniera lanza en ristre contra la lucha antiimperialista de los estudiantes colombianos.

¿Qué es común a Strauss, Popper, Marcuse, Mills, Sartre, Althusser y Zuleta? Que desde la filosofía política definen posiciones de acción política en un determinado momento histórico, y que ellas desempeñan el papel de poner a prueba su capacidad de interpretar la realidad concreta. Strauss, un neoclásico; Popper, un positivista; Marcuse, un marxista; Sartre, un existencialista; y dos marxólogos: Althusser en Francia y Zu-

leta en Colombia (la diferencia entre un marxista como Marcuse y un marxólogo como Zuleta radica en el compromiso político del primero y el carácter aséptico frente a los conflictos de la sociedad del segundo). Strauss, Althusser y Zuleta se escondieron en el fragor de la batalla; Marcuse, Mills y Sartre le pusieron el pecho a la brisa de su tiempo.

Estos son los filósofos políticos, aquellos que se ocupan directamente de la filosofía y desde allí determinan una acción política concreta, o bien porque la hacen explícita, la practican, o porque dan pie para que los políticos y activistas la deduzcan. Así sucedió con los grandes clásicos: digamos Platón, Aristóteles, Santo Tomás, Kant, Hegel y, más que todos, Marx, no solamente en su tiempo sino a lo largo de la historia posterior. Pero deseo hacer un ejercicio diferente. Quiero aventurar la idea de que lo que en verdad han sido los grandes economistas es grandes filósofos políticos, y que han definido y siguen definiendo el curso de la historia. Me refiero a cuatro obras. La de Adam Smith (*La riqueza de las naciones*), la de Karl Marx (*El capital*), la de John Maynard Keynes (*Teoría general del empleo, el interés y el dinero*) y la de los esposos Milton y Rose Friedman (*Libertad de elegir*). El gran debate, el dramático debate, en torno a la globalización, al poder del mercado, a la apertura económica, al futuro del mundo de hoy, gira en torno a sus postulados filosóficos sobre la política y de cómo ella define la economía.

Aventuro esta idea. Los Friedman resucitan a Smith y lo adecuan con su lenguaje práctico, característico de muchos estadounidenses, a las condiciones concretas del mundo actual. Keynes parece partir de Marx, pero suprimiéndole su carácter de crítica demoledora del sistema capitalista. No resulta sorprendente que Keynes sea considerado por los neoconservadores y neoliberales de hoy como un marxista redivivo. No importa que para tal comparación tomen como punto de partida a un Marx de escuela primaria completamente desfigurado. Lo que está enfrentado aquí entre Smith, Marx, Keynes y Friedman es el papel que juega el mercado contra el que juega el Estado en el desarrollo de la sociedad. Y eso no es economía, sino filosofía política pura.

Los Friedman resumen a Smith así:

La idea clave de *La riqueza de las naciones* de Adam Smith es engañosamente sencilla: si un intercambio entre dos partes es voluntario, no se llevará a cabo a menos que ambas crean que dicho intercambio los beneficiará. Muchos errores económicos derivan del olvido de esta sencilla idea, de la tendencia a creer que hay una verdad inmutable, que una parte sólo puede ganar a expensas de la otra (Friedman y Friedman, 1981: 30).

Los Friedman salen al paso, así, de las consecuencias demoleadoras del librecambio en la sociedad del siglo XIX, deducidas de la aplicación del poder del mercado y de la libre competencia, y extraídas de ese sencillo principio económico de Smith que ellos sintetizan.

Partiendo de allí, plantean los puntos centrales de su teoría y su libro; estos han determinado la historia de Colombia desde que Virgilio Barco, como presidente, y César Gaviria como ministro de Hacienda le aceptaron a Karla Hill, secretaria de Comercio de EE.UU., en su visita a Bogotá en 1988, imponer al país la apertura económica a cambio del crédito Challenger. Y son los que inspiran las columnas del ex ministro de Hacienda de Colombia, Rudolph Hommes, en los periódicos y conferencias de los hermanos Armando y Santiago Montenegro, de gran influjo en las políticas económicas de los últimos gobiernos colombianos. Dicen los Friedman:

Por importante que sean las distorsiones privadas del sistema de precios, en la actualidad, el Estado es el principal foco de interferencia con el sistema de mercado libre, por medio de aranceles y de otros obstáculos al comercio internacional, por las medidas de política interior tendientes a fijar o a afectar determinados precios incluyendo los salarios, por las reglamentaciones públicas de sectores específicos, por las medidas monetarias y fiscales que producen inflación y por medio de otras muchas acciones (Friedman y Friedman, 1981: 36).

Allí queda resumida la ideología neoliberal que rige este país desde la visita de Karla Hill: no interferencia del Estado en el mercado libre; no obstáculos de aranceles al comercio internacional; no injerencia del gobierno en la fijación de precios; no regulación de salarios; entrega al sector privado de las empresas estatales y los servicios públicos; control de la inflación a cualquier precio; no reglamentación estatal a sectores específicos; y más. Afirmo que no se trata de economía, sino de filosofía política; es decir, de una concepción comprehensiva sobre la sociedad y el Estado, así no parezca explícita. Estos son los Friedman que reviven a Smith.

Por supuesto, Marx parte de Smith, como parte de Hegel y Feuerbach, precisamente porque se enfrenta a ellos. *El capital* de Marx está tejido con una minuciosidad impresionante de aplicación de la dialéctica materialista e histórica, mediante la transformación de la tríada de Hegel y de toda la dialéctica idealista anterior desde Sócrates y Platón al sistema capitalista de producción como un todo. Si se llega al densísimo capítulo 51 del tomo tercero, “Las relaciones de distribución y producción”, se encontrará la discusión de Marx con toda la teoría

filosófica anterior sobre la economía en torno a la fragilidad histórica de la ley del valor capitalista basada en la máxima ganancia y a la posibilidad real de su desaparición. Es allí donde radica la tesis central de *El capital*, que no es un libro de economía, sino sobre el destino de la sociedad, consistente en que la ley del valor no ha sido eterna; es decir que tuvo un principio, que ha sufrido transformaciones cualitativas en el curso de la historia (una de las cuales es su forma capitalista) y que, por tanto, debe tener un fin y una transformación. El carácter revolucionario de ese libro, al que se sigue recurriendo después de ciento cuarenta años, aunque lo hayan suprimido de las escuelas neoliberales de economía, se deriva de su planteamiento sobre la posibilidad y necesidad de eliminar la ley del valor en la historia si se desean superar las miserias del sistema capitalista. Como dice Marx, al final del capítulo 51:

Cuando el proceso de trabajo no es más que un simple proceso entre el hombre y la naturaleza, sus elementos simples son comunes a todas las formas sociales de desarrollo del mismo. Pero cada forma histórica concreta de este proceso sigue desarrollando las bases materiales y las formas sociales de él. Al alcanzar una cierta fase de madurez, la forma histórica concreta es abandonada y deja el puesto a otra más alta. La llegada del momento de la crisis se anuncia al presentarse y ganar extensión y profundidad la contradicción y el antagonismo entre las relaciones de distribución y, por lo tanto, la forma histórica de producción correspondiente a ellas, de una parte, y de otra las fuerzas productivas, la capacidad de producción y el desarrollo de sus agentes. Estalla, entonces, un conflicto entre el desarrollo material de la producción y su forma social (Marx, 1965: 744).

De ello se deduce lo que Marx plantea: la forma del mercado capitalista no es eterna.

La cuestión que enfrenta radicalmente a Marx con Smith y los Friedman es que estos defienden la eternidad del mercado en su forma capitalista, en el que la ganancia –así sea mutua, como la plantean los Friedman– permanezca como la base última de la economía y la sociedad. Por supuesto, esto no lo han inventado los Friedman, sino un sociólogo que dedicó toda su obra a refutar la tesis de Marx, llamado Max Weber, en *Economía y sociedad*. Lo que convirtió a Weber en el oráculo de la sociología occidental fue su desarrollo de una teoría histórico-sociológica para defender que el mercado, tal como existe en el sistema capitalista, siempre ha existido y no podrá desaparecer. Vale decir, el más radical intento de refutación de Marx. La teoría de Weber es el antimarxismo acerca de la sociedad, así como Keynes es el antimarxismo en economía.

¿Cuál sería, entonces, la función de Keynes en esta perspectiva de filosofía política? Keynes vino a darle la mano a la más grave crisis sufrida por el capitalismo con la depresión de la década del treinta. En esencia, fue la crisis del treinta combinada con las condiciones impuestas a Alemania en la Guerra de 1914 lo que permitió el auge del fascismo y condujo a la Segunda Guerra Mundial. La socialdemocracia europea recién surgida se aferró a sus postulados y Franklin D. Roosevelt, en EE.UU., los puso en práctica para recuperarse de la crisis, lo cual le permitió afrontar la guerra contra el fascismo mundial. El logro de Keynes, bien por su teoría del dinero, la del consumo o la del pleno empleo, fue definir la necesidad de la inversión estatal y del financiamiento del déficit. Keynes interpretó que la economía mundial había llegado al fin del *laissez-faire* decimonónico y que había surgido el capitalismo de Estado. Ello había transformado a Alemania en la primera potencia mundial y la había obligado a procurar mercados de exportación de capital para su gigantesca acumulación iniciada desde el régimen de Bismarck, algo que las demás potencias europeas resolvían con sus colonias. Inversión estatal en obras de infraestructura, propiedad estatal de los medios de producción, intervención estatal en la economía, control de precios, manejo de la expansión monetaria. Así, Keynes salvó la economía mundial en la primera mitad del siglo XX. En Colombia, Alfonso López Pumarejo –cuyo espejo de gobierno, por confesión propia, era Roosevelt– introdujo el capitalismo de Estado en la reforma constitucional de 1936, ampliado, reforzado y profundizado por Carlos Lleras Restrepo en la de 1968. Fue el inicio de la era keynesiana en la economía colombiana, que sobrevivió hasta la Constitución friedmaniana –es decir, *lo Friedman*– o mejor, neoliberal, de 1991.

En los dos extremos están Smith y los Friedman. En el centro, Marx y Keynes. Los dos primeros plantean el principio básico del *dejar hacer, dejar pasar* característico del mercado liberal y neoliberal. Los otros dos le adjudican al Estado la función fundamental en la economía, pero con una diferencia de fondo. Keynes impulsa el capitalismo de Estado precisamente para salvar al capitalismo de su más profunda crisis, mientras que Marx acepta el capitalismo de Estado como una etapa de transición que le permite a la sociedad avanzar en la eliminación de la ley del valor capitalista de la máxima ganancia. Se trata de aquello que pusieron en práctica Lenin en Rusia y Mao en China, que impulsaron el capitalismo de Estado y la apropiación de la economía por parte de este como un instrumento necesario de transformación del país. No obstante, tanto Smith y Friedman como Marx y Keynes parten de un análisis económico para plantear el problema de fondo del papel del Estado y la política, es decir, de la filosofía política.

Como un complemento lateral, quisiera referirme a los posmodernos, a Lacan, Kristeva, Baudrillard y Derrida. Sólo una alusión, por falta de tiempo, aunque me gustaría profundizar en ellos. Coincido con la virulenta crítica que les hacen Alan Sokal y Jean Bricmont en su obra *Imposturas intelectuales*. Y no es porque hagan filosofía política, sino porque la eluden, para huirle a la problemática del mundo y, en esa forma, permitir la justificación de todo: del neoliberalismo, las atrocidades de EE.UU. y los crímenes de sus propios países en el resto del globo. Queda bien con su anarquismo literario, que es un anarquismo político.

Pero estamos en Colombia, en América Latina, y el drama de Colombia es exactamente igual, desde la filosofía política, al de América Latina. Nos encontramos atezados por el neoliberalismo. Pasamos de Keynes a Friedman, de López Pumarejo a César Gaviria. He planteado que la economía de los Friedman es filosofía política. Como argumentaba Marx, "la política es la expresión concentrada de la economía". El más alto grado de la teoría económica es la filosofía política, es decir, una concepción sobre el Estado y el destino de la sociedad. Sólo que la economía la deja ver más al descubierto. Pero es la filosofía política la que destapa el estado de la cuestión. ¿Cuál es la cuestión? Ni Smith, ni Keynes, ni los Friedman proponen una salida al subdesarrollo y el atraso económico. Lo que generan es una teoría sobre el devenir de los países desarrollados, sobre sus crisis y su mantenimiento, es decir, sobre el capitalismo en su grado más avanzado. Su filosofía política consiste en definir estrategias para preservar el capitalismo de sus crisis y desgaste. En Marx, es lo contrario; se trata de una filosofía política para construir una economía que no sea capitalista, no importa si el país es desarrollado o no. Por ese motivo Lenin pudo aplicarla en uno de los países más atrasados de Europa: Rusia; y Mao Tsedong en uno de los más miserables de la tierra: China. Y lograron convertir a estos países en potencias económicas, al margen de lo que cada quien piense sobre su evolución política.

Strauss, Marcuse, Mills, Popper, Althusser y Zuleta hacen economía desde la filosofía política. Pero Smith, Keynes, Marx y Friedman hacen filosofía política desde la economía. ¿Por qué? Porque plantean concepciones sobre el conjunto de la sociedad y su porvenir. Es allí donde encuadra la problemática del desarrollo económico, de la superación del atraso, de la desaparición de la pobreza. A los Friedman les sucede lo que a las señoras de la alta sociedad, que están convencidas de que en el mundo es inevitable que existan los pobres, y por eso se conmueven frente a ellos y tienen siempre una limosna lista para dárselas. La cuestión más radical de la filosofía política es la misma de la economía en el mundo de hoy: ¿pueden superarse el atraso y la pobreza

de la inmensa mayoría de los países del mundo? ¿Qué futuro le espera a los países de África, América Latina y la mayoría de los de Asia? Es que la situación mundial se parece a la de Colombia. Mientras más se enriquecen veinte países, más se empobrecen los ciento setenta restantes. Y nosotros recibimos las limosnas.

El desarrollo económico tiene bases de filosofía política. Salir del subdesarrollo es un problema político, un problema de decisiones fundamentales sobre la sociedad y su organización, un problema de decisiones del Estado, de concepción sobre las relaciones entre el Estado y las condiciones concretas de un país; es un problema de la organización mundial de la economía, de las relaciones entre las economías de los países dominantes y los dominados, en las que la globalización constituye un mecanismo de control en manos de las economías dominantes. En esencia, el desarrollo económico depende de una serie de relaciones dialécticas entre las cuales es necesario definir la fundamental en cada momento histórico.

Los países subdesarrollados, los atrasados (nosotros: Colombia en América Latina) no tienen modo de salir de su situación dramática de pobreza si aceptan, se someten y se acomodan a la teoría de filosofía política pura que defiende que la globalización económica es inevitable. Si se someten a ella, deben acomodarse al postulado de que la única forma de sobrevivir en este mundo es una economía basada en importaciones de lo que necesitamos y exportaciones de productos exóticos que nos sobran. Si no se someten a ella, la única opción consiste en un esfuerzo gigantesco por desarrollar y fortalecer su mercado interior. Con la alternativa exportadora de los neoliberales, mendigaremos por doquier para que nos reciban productos tropicales que cada vez más son reemplazados por una diversidad inmensa de otras mercancías. Con la alternativa importadora, nos iremos quedando sin los productos y bienes necesarios para la supervivencia como nación y como pueblo. Pero con la alternativa del desarrollo del mercado interior, con o sin proteccionismo, lograremos la autosuficiencia relativa que nos permitirá salir a los mercados desde la fortaleza interior, no desde la debilidad mediática. Es lo que han hecho todos los países desarrollados de hoy, unos en el siglo XIX, como Inglaterra, Francia y EE.UU., y otros en el siglo XX, como Rusia y China.

Los dos polos de poder mundial son los únicos que se benefician con la creencia en la globalización económica y su imposición a los países subdesarrollados. Estos polos son EE.UU. y la Unión Europea. Cada uno de ellos se acoge a una estrategia determinada de influencia. En las organizaciones internacionales no existe otra voz que no sea la suya. Actualmente, EE.UU. es todavía un poder hegemónico, así se considere que ha entrado en decadencia. Para el país del Norte, ejercer su poder

militar en vez de su fuerza económica para dominar dos países inmensamente débiles en economía y armamento como Irak y Afganistán no constituye sino una demostración de su debilidad política mundial. Desde la invasión a Cuba en 1898 y el robo de Panamá en 1903, los latinoamericanos hemos sido sometidos –y nos hemos dejado someter– a esta potencia hegemónica. Y cada vez somos más pobres. Y cada vez la esperanza del desarrollo se encuentra más lejos. Ahora la fórmula es la del Tratado de Libre Comercio con EE.UU. y el Área de Libre Comercio de las Américas. Se trata de una de esas estrategias de EE.UU. para contrarrestar su debilidad estratégica, tal como la diseñó Bush padre, en 1989, en el llamado eufemísticamente *Consenso de Washington*, de donde proviene la línea directriz de aseguramiento de América Latina para sus intereses después de la caída de la Unión Soviética.

Para terminar, permítaseme relatar una anécdota al respecto. El 6 de noviembre de 2002, guardé en mi computadora una columna de Rudolph Hommes, publicada en *El Colombiano* de Medellín. Según Hommes, el economista es como un extrarrestre para el hombre de la calle, porque sus planteamientos parecen salirse del sentido común.

Para el economista extraterrestre –dice Hommes– el objetivo del comercio es poder importar. Entre más baratos sean los productos importados, mejor para todos porque se incrementa el bienestar de la nación. Para el terrícola, el objetivo del comercio es venderles cosas a otros países, exportar –nacionalismo por encima del bienestar del consumidor. El último episodio de incomprensión entre los economistas y el público ha sido sobre el precio de la comida. Para un economista es claro que si producir trigo en Argentina, Canadá o en Estados Unidos cuesta mucho menos que producirlo aquí, hay que importarlo. Y si en Estados Unidos lo subsidian, entonces hay que traerlo de allá. Un consumidor, con libertad para escoger, no compraría trigo producido en el país a menos que lo obliguen (Hommes, 2002).

A esto me refiero cuando afirmo que se trata de filosofía política pura, no de economía, porque sale de postulados filosóficos del neoliberalismo. Cuatro años después, ¿cuál ha sido la consecuencia de la filosofía hommesiana de importar todo lo barato o subsidiado en otros países? Colombia viene practicando esa fórmula extraterrestre desde el Ministerio de Hacienda de Hommes desde el año 2002, y le sucedió una cosa muy simple: dejó de producir muchos artículos básicos para la alimentación de la población y, para importarlos, se vio obligada a endeudarse. Hoy, la deuda externa de Colombia es impagable, porque representa el 52% del Producto Interno Bruto; la cuota de amortización

con intereses este año fue un equivalente al 50% del presupuesto, y para el año entrante representa el 35% (unos 35 billones) no porque haya disminuido, sino porque el presupuesto está inflado. Este es el país más endeudado de América Latina, en términos relativos a su PIB, después de Argentina. Así seguiremos yendo al abismo.

La filosofía política de Strauss comienza con un criterio abstracto sobre la justicia y termina siendo interpretada como fundamento del terrorismo. Marcuse, Mills y Sartre interpretan un momento histórico del mundo e inspiran la rebelión de la juventud contra los desmanes del imperialismo norteamericano. Althusser y Zuleta desembocan en el inmovilismo especulativo frente a la acción política. Smith y Marx definen dos caminos contrapuestos para la sociedad humana, la eternidad del capitalismo –uno– y su carácter deleznable y transitorio –el otro. Keynes y Friedman salen al paso para reconstituir las averías del sistema vuelto pedazos. Allí, en medio de América Latina, se encuentra Colombia a punto de comprometerse en la más aterradora aventura de su historia, el Tratado de Libre Comercio con EE.UU. Se cumplirán, entonces, los más íntimos deseos demoleedores del ex ministro Hommes.

Para terminar, traigo una anécdota tomada de Vladdomanía, de *Revista Semana* (Flórez, 2004), en la que su autor, el caricaturista Vladdo, le hace una entrevista ficticia al presidente-candidato Bush a propósito de las elecciones norteamericanas y le pregunta: “¿Usted ha tenido un vínculo especial con otros mandatarios de la región...?”. A lo que Bush responde: “He hablado con Vicente Fox, el presidente de México, para traer petróleo a EE.UU. Así, no dependeremos del petróleo extranjero”. Se trata de la fórmula de la globalización para irnos anexando. Y esta predicción es de filosofía política pura.

BIBLIOGRAFÍA

- Flórez, Vladimir (Vladdo) 2004 “Vladdomanía” en *Revista Semana* (Bogotá) N° 1.174, 1 de noviembre.
- Friedman, Milton y Friedman, Rose 1981 *Libertad de elegir. Hacia un nuevo liberalismo económico* (México DF: Grijalbo).
- Hommes, Rudolph 2002 “El sentido de la economía” en *El Colombiano* (Medellín) noviembre.
- Marcuse, Herbert 1967 *One-dimensional man* (Boston: Bacon Press).
- Marcuse, Herbert 1969 *Reason and revolution: Hegel and the rise of social theory* (Boston: Bacon Press).
- Marx, Karl 1965 *El capital* (Buenos Aires: Cartago).

Mills, C. Wright 1959 *The power elite* (Nueva York: Oxford University Press).

Strauss, Leo 1963 *History of political philosophy* (Chicago: Rand McNally and Company).

Strauss, Leo 1968 *Liberalism: ancient and modern* (Nueva York: Basic Books).

Weber, Max 1966 *Economía y sociedad* (México DF: Fondo de Cultura Económica).